

La primera filosofía, aun en este aspecto vulgar, es la filosofía de lo absoluto (aunque fuese para negarlo), y así lo han comprendido nuestros buenos novelistas, que por esta razón y otras no menos atendibles y que miran al tiempo actual y á las condiciones de nuestra raza, han tratado el problema religioso bajo uno ú otro aspecto en sus principales producciones. En esta que llamamos filosofía necesaria, la religión es considerada muy pronto, y principalmente, en sus relaciones con subordinadas esferas. De ello están convencidos los restauradores del género literario á que venimos refiriéndonos, y nada menos que á esa altura han colocado su obra. Alarcón, en su más alabada novela *El Escándalo*, trata el problema religioso en sus relaciones con la conciencia moral; Valera, en *Pepita Jiménez* y en las *Ilusiones del doctor Faustino*, por múltiples respectos, habla de religión con una especie de panteísmo literario; Pérez Galdós, en *Gloria*, la más reciente y la mejor de sus producciones, atiende exclusivamente á la religión. La novela modernísima española ha empezado, pues, por donde debía empezar; no ha podido ser más oportuna: cuando los franceses confiesan que la suya degenera, se empequeñece, notamos con placer purísimo que la nuestra se acrisola, se ennoblece y se levanta... Pero no nos ciegue el orgullo; ellos ya han pasado por aquí: Juan Valjean podría ser abuelo de Gloria.

III

No por establecer comparaciones, más odiosas que en todo en literatura, sino por atender al valor y representación de *Gloria* y su autor en la novela española contemporánea, recordaremos los antecedentes literarios de la obra que debe ocuparnos. Mientras Pérez Galdós escribía sus episodios nacionales, pudo con justicia la crítica española

y extranjera elogiar su talento, que era mucho, señalarle como uno de nuestros mejores novelistas; títulos sobrados tenía para ello sin salir de los límites que él mismo parecía haberse trazado; nadie podría negarle aptitud para más altas empresas; acaso meditando mucho en sus episodios se vislumbran ráfagas de genio superior, profundidades de su pensamiento, que pronto desaparecían á la vista, tal vez porque el escritor juzgaba que *non erat hic locus*; pero tampoco se podía, en rigor, atribuir á tales obras la importancia y trascendencia (1) de otras novelas que, coetáneas, aparecían en nuestra patria, abordando unas resueltamente la cuestión religiosa y moral, y otras, aunque de soslayo, con más profunda intención, los más arduos problemas de ese orden. Por la utilidad inmediata de los *Episodios Nacionales*, por la novedad y oportunidad del intento, por la felicidad del desempeño, ya muchos colocaban á Pérez Galdós sobre todos: tal lector, cansado de leer novelas alemanas, inglesas, francesas y norteamericanas, llenas de arduos problemas morales, psicológicos y hasta teológicos, volvía con placer, y como por descanso y solaz, la fantasía á estas ricas, frescas y salpimentadas narraciones, y hallaba más sabrosa su lectura que todas las filosofías del mundo más ó menos entreveradas. Mas si esto sucedía á unos pocos, la mayor parte de los lectores, que no saben alemán y, aunque lo sepan, quieren pensar en español, necesitaban una novela también nacional, pero que tratara esas cuestiones cosmopolitas, *católicas*, que son la esencia de la vida. En atención á esto, los *Episodios* no estaban á la altura de otras obras. Alarcón daba *El Escándalo* á la estampa, y el espíritu público, entonces como ahora, muy atento al orden de ideas que esa obra inspira, apoderóse de ella con avidez, y se leyó y se comentó por todos. Fue un acontecimiento en la literatura. Pero dentro del pro-

(1) Otro error. Los *Episodios Nacionales* valen tanto como lo que más valga de cuanto se ha escrito en España en nuestro tiempo.

blema religioso moral, ¿qué representa *El Escándalo*? La solución del pasado, y con fórmula bien concreta y conocida: el jesuitismo. El P. Manrique, un jesuita, es providencia de la obra y convierte y purifica al libre-pensador Fabián Conde, un libre-pensador que seduce Marquesas casadas y engaña á niñas inocentes. Bien conoce el P. Manrique, según lo expresa con sonrisa desdeñosa, las obras de Kant, de Hegel, de Büchner (¡primoroso salto!) y *tutti quanti*, y por consiguiente, no necesita decirle Fabián de dónde saca su irreligiosidad y anejas fechorías. Nada importa todo esto para que la novela de Alarcón sea notable; lo es, y de interés sumo. Si el arte podía darse por contento, no así los intereses más caros de nuestra civilización. Los partidarios de la tradición y de la autoridad estaban de enhorabuena; tenían un novelista filósofo *trascendental*, que resolvía los más apurados casos de conciencia con el criterio de Loyola y simbolizaba el libre pensamiento en un mozalbeta aturdido, calavera... aunque de buen corazón; un corazón tan bueno, que le llevaba, después de mil tropiezos, al redil santo, abdicando de mil errores que no tenía, porque en realidad Fabián Conde había pensado poco en las cosas de allá arriba. ¡Fácil triunfo! Pero si los jesuitas nos llevaban un compañero que no merecía en realidad rescate, tomaba el desquite D. Juan Valera, que engalanando con mil afeites y cosméticos del misticismo más deslumbrador á la sin par *Pepita Jiménez*, bien alcoholada con ensueños de la gloria, la presentaba seductora, irresistible á los pasmados ojos de D. Luis de Vargas, inverosímil seminarista, conquista preciosa que con armas y bagajes se pasaba á nuestras filas, abandonando por siempre las aéreas moradas y escalas místicas. Mucho salimos ganando: Fabián Conde era el peor de los libre-pensadores, no lo era en rigor; Luis de Vargas era un colegial, de tan bueno, imposible. Mas no todo era ventura: si Valera llevaba indiscutible ventaja á Alarcón en la profundidad de las concepciones, en el alcance de sus miras y hasta en los recur-

sos del arte; si era también cierto que se colocaba enfrente del tradicionalismo, no era, por desgracia ó por fortuna, bien definida su actitud. Valera es así: va con el pensamiento y con las consecuencias de sus creaciones muy lejos, acaso demasiado lejos, pero no quiere manifestarlo en sus palabras; hasta pretende que no nos demos por enterados: si se le dice que *Pepita Jiménez* significa tal cosa, lo niega; asegura que no es más que la historia de una viuda que se llamaba así. Es claro que no lo creemos, ni él lo dice para que se le crea. Pero esa reserva, esos circunloquios, si acaso sirven para hacer más picantes sus obras y sublimar con el misterio el pensamiento del autor, le dañan por otros lados, porque pierde en diafanidad y precisión y se enajena las simpatías de muchos espíritus francos y graves. Ni siquiera nos atrevemos á desear que Valera borre estos lunares en sus escritos; tal vez el encanto inefable que produce el conjunto se debe en mucho á esa manera del autor de *Pepita Jiménez*; no queramos disipar el encanto. Además, es innegable que Valera ha llegado muy adentro en los *subterráneos del alma*; y como él no puede llevar el sol consigo, ¿qué mucho que allí no vea del todo claro?

Pero si nos es lícito, y hasta obligado, celebrar la aparición de otro escritor de no inferiores vuelos, que sabe y quiere sin ambages, perífrasis ni pretericiones, colocarse en nuestro campo enfrente del enemigo, peleando por una bandera conocida y desplegada á todos los vientos: este escritor es el inspirado autor de *Gloria*.

II

De Orbajosa (1) á Ficóbriga media gran distancia; Orbajosa, la ciudad episcopal metida en el corazón de España,

(1) Lugar de la acción de *Doña Perfecta*. Véase acerca de esta novela un artículo de *Los Lunes de El Imparcial*, del Sr. González Serrano.

representa el fanatismo de nuestro pueblo en todo su horror, sin atenuaciones, acompañado de numerosos satélites que nunca dejan de seguirle: la hipocresía, la fiereza, la tenacidad, la ignorancia presuntuosa y otras malas pasiones; allí vive el fanatismo tal como es, tal como le han hecho en la historia las causas de que se origina.

Doña Perfecta es la más real figura, el tipo de nuestra mujer fanática, cuando en su aberración nadie hay que le vaya á la mano.—En Ficóbriga, villa risueña junto al Cantábrico, el negro fantasma ha desaparecido; el fanatismo, si existe, es vergonzante; en vez de aquellos sombríos personajes, como el penitenciario, Caballuco, doña Perfecta, se nos presenta una familia ilustrada, de buen tono, de agradable trato, de sentimientos elevados y caritativos sobre toda comparación. Los Lantiguas son unos cumplidos caballeros. D. Angel Lantigua, obispo allá en Andalucía, es la mayor gloria de Ficóbriga y un verdadero pastor de almas; jamás olvida que lleva el cayado en la mano. El *pascé agnos meos* resuena sin cesar en sus oídos. Su hermano D. Juan es un ilustre sabio, jurisperito, orador y una de las mejores plumas puestas al servicio de la causa tradicional. Sus ocupaciones en esta vida, abandonados ya el bufete y el foro, se reducen á escribir una obra monumental y educar en el temor de Dios á Gloria, que no tiene madre, y concentra en su padre y en su tío el obispo, todos los afectos humanos de su alma. El autor nos ha pintado *con amore* esta familia. Si en D. Juan se nota alguna fatuidad, semejante falta, casi imposible de evitar en su género de vida, queda borrada por mil cualidades excelentes. El sello común, lo que imprime carácter en esta familia, es la religiosidad; pero, repetimos, nada de fanatismo, á lo menos en el sentido vulgar y corriente de la palabra. Los demás personajes de la *parte de acá*, es decir, españoles, católicos, son todos secundarios: el cura, D. Silvestre Romero, natural de los Picos de Europa, sacerdote por conservar la renta de ciertas capellanías, no es un modelo de párrocos, pero

sí un hombre franco, noble, y que se atrae universales simpatías; pescador y cazador por vocación, tiene en su poder los medios y artificios suficientes para concluir con toda la fauna de mar y tierra; es también gran cazador de votos, y en odio al parlamentarismo, pone en juego todas sus trampas para dar la victoria á D. Rafael de Horro, candidato á la mano de Gloria y á la diputación á Cortes por Ficóbriga, todo en beneficio de la santa causa de la religión. D. Rafael, de quien no volveremos á hablar, es ya un personaje repugnante; el D. Jacintito de *Doña Perfecta* un poco medrado; pero su papel en la novela es casi insignificante, si bien está trazado de mano maestra. D. Juan Amarillo, Harpagon cristianísimo, beato forrado en amuletos de oro, es un hipócrita repugnante, mero instrumento en la fábula. Se ve claramente que el autor ha querido representar las ideas que van á luchar en su obra, por medio de espíritus levantados, dignos de ellas, no por caracteres rebajados, pervertidos, á cuyas malas pasiones pudiera atribuirse la catástrofe que ha de sobrevenir.

El preludio de esta catástrofe es una tempestad: entre relámpagos, traído por un rayo, pudiera decirse, entra en el hogar tranquilo y cristiano de los Lantiguas, Daniel Morton, el primer náufrago del *Plantagenet*, el Mesías del corazón de Gloria, *un judío*.

Gloria le esperaba hacía mucho tiempo; muchas profecías habían hablado en su corazón del amante que se acercaba; pero aquella niña espiritual, de viva imaginación, de pensamiento sutil y levantado, que por obediencia y sumisión procuraba sofocar en su alma gérmenes infinitos de ideas y sentimientos superiores; aquella niña que abandonaba los libros porque su padre temía en ella el prurito de juzgar, la fiebre del discernimiento; aquella niña, en fin, que cuando Morton se le aparece, es «como un ave que tiene las alas cortadas,» al despertar para el amor, despierta á mil dolores, á sobresaltos y amarguras sin cuento, porque de nuevo le crecen las alas, la voz de la rebelión le

grita de nuevo en los oídos: «levántate, piensa, sublévate.» ¡Pobre Gloria! Ella, tan religiosa, tan católica, apenas empieza á amar, en cuanto tiende el vuelo por las regiones sublimes... cae, sin quererlo, en la herejía; su tío el obispo nota, horrorizado, que Gloria se halla en pleno latitudinarismo. Pero ¿por qué? ¿En qué consiste mi error? pregunta con espanto la niña. ¡Ahí es nada! Amar á un hereje (entonces no se sabe todavía que es judío), y, lo que es peor, pretender amarle en Jesús; pensar que todos pueden salvarse profesando con sinceridad una religión, sea la que sea... ¡latitudinarismo! ¡herejía! Aquellas ideas que á Gloria le parecen tan religiosas, tan puras, tan sublimes, están condenadas terminantemente en las Encíclicas *Qui pluribus* y *Singulari quadam*, en las Alocuciones *Ubi primum*, *Maxima quidem*, y, por último, en las Letras apostólicas *Multiplicis inter*. ¡Qué horror! A pesar de tantos latines y tantas condenaciones, Gloria no puede desechar aquellas ideas que ha despertado en ella el amor de un hereje; matará el amor mismo, pero las ideas no puede. ¿Cómo, si son medula de su pensamiento, si son ella misma? El obispo, que es un santo, transige en todo menos en esto; no concibe que así se rebele la razón de su sobrina, tan dócil hasta aquel día. Lo que hace Gloria por amor á su padre y á su tío, es callar en adelante, fingir una sumisión de su inteligencia que no existe; ellos se dan por satisfechos; creen que aquella docilidad es obra de la gracia. Por un accidente, vuelve Daniel Morton; vuelve en otro día de tempestad; ahora el rayo cae sobre la casa de Lantigua. Gloria, que ya ha sido hipócrita por debilidad, sucumbe; al ángel se le rompen las alas; se ha combatido en ella la herejía, no la pasión que se daba por muerta, y, hereje apasionada, Gloria ve su honra en los brazos del infiel, de un judío. No basta eso; el último estrago de la tempestad es más horrible; el último rayo estalla sobre la frente del padre amoroso. D. Juan de Lantigua sucumbe al dolor de ver á su hija deshonrada por un judío. Guerra de titanes,

que diría Víctor Hugo; cada uno de estos grandes personajes lleva lo absoluto en su alma, y el choque tiene que ser pavoroso, y la catástrofe inmensa. Aquí ningún hombre tiene la culpa de nada; tienen la responsabilidad las ideas: por eso juzgamos esta obra de gran importancia, á pesar de sus modestas apariencias. El Sr. Pérez Galdós desarrolla en el escenario de un idilio, una tragedia de la fatalidad más espantable, más ciega; una fatalidad que llega á los espíritus. ¿Qué familia católica podrá presentarse más ilustrada, más sinceramente religiosa que ésta de Lantigua? D. Angel es un bienaventurado; D. Juan, aunque más humano, está lejos de ser un fanático vulgar; es un hombre de convicciones arraigadas y pulidas con el estudio; Gloria es un alma purísima de belleza celestial; Morton es un dechado de virtudes y nobles cualidades, tan profundamente religioso como Gloria y los suyos: por eso mismo, porque todos son fieles representantes de sus doctrinas, encarnaciones de su credo, la catástrofe es inevitable, lógica y de grandísima enseñanza. Aquí está el principal mérito del autor, mérito insigne: la realización de su obra nada ha quitado al primordial pensamiento; en el producto artístico se transparenta la idea con toda diafanidad, sin una sola mancha. A esa armonía del fondo y la forma es á lo que debe aspirar el artista que busca la belleza. La mayor parte de las veces los poetas que personifican un ideal ó individualizan una cuestión de la vida social, religiosa, etcétera, pretendiendo probar algo, pierden el tiempo y el trabajo, porque el ejemplar escogido es defectuoso. Fabián Conde, el protagonista de *El Escándalo*, no es la personificación digna y exacta del hombre del siglo, del libre-pensador, como ya hemos notado; el Dr. Faustino, carácter completo y trazado con gran habilidad, también degenera y deja de representar lo que el autor se había propuesto. Pérez Galdós ha logrado en este respecto (el principal tratándose de lo que se trata) la mayor victoria; la concepción de esta novela, que se llama *Gloria*, es muy grande, muy

bella, muy importante; el desempeño, lleno de dificultades, ha sido felicísimo, casi diríamos perfecto.

Esta buena fortuna del Sr. Pérez Galdós redundo, no sólo en bien de su fama y de la belleza de su obra, sino de la idea que defiende el novelista con tanto denuedo. En *Gloria* hay una lógica inflexible, que nace de la verdad de la idea en que se inspira y aparece merced á la sabia conducción del pensamiento, que ni un momento se oscurece ni mezcla con elementos extraños. Esa lógica puede originar dolorosos, pero saludables combates en muchas conciencias, si se paran á meditar las enseñanzas de la novela que examinamos.

Yo no sé si habrán sido análogas reflexiones las que han llevado á un ilustre crítico á la afirmación categórica de que *Gloria* es una de las mejores novelas españolas contemporáneas; de todos modos, mucho nos lisonjea el hallarnos conformes con la opinión de tan autorizado escritor.

III

Si no nos sintiéramos ya temerosos de haber cansado la atención de los lectores, podríamos emprender ahora, explicado el que nos parece principal pensamiento, la análisis literaria de esta obra. Sin detenernos en tan vasta materia, sí diremos que el Sr. Pérez Galdós ha sabido ayudarse en el desempeño de su trabajo de todos los elementos que podían enriquecer su pensamiento y darle relieve. Es *Gloria* un cuadro de tan acabados términos, de toques tan inspirados y oportunos, tan discretamente pensado, con tal gracia concluido, que sería difícil quitar ni poner cosa alguna. De los caracteres ya hemos hablado, aunque sólo lo preciso para hacer comprensible la idea principal. Gloria, nunca bastante admirada, es el tipo de belleza femenil más hermoso que ha engendrado la fantasía de nuestros novelistas,

y superior sin duda á otras muchas heroínas ya célebres en nuestra literatura contemporánea. Aquella niña que siente dentro de sí algo que es acaso el genio; que quiere someter á la autoridad su conciencia y no puede, y que arroja los libros por no juzgar, y sigue juzgando de todo con fiebre de discernimiento; aquella alma enamorada sin saber de qué, pero que al fin

Ve cuajarse en el viento su esperanza,

y amante y correspondida, promete sofocar su amor, porque también la autoridad lo exige, y que necesitando amar algo, vuelve su corazón del lado de los recuerdos y adora en la memoria de los hermanitos muertos; esa Gloria, que á todo renuncia menos á pensar la verdad y hacer el bien, águila enjaulada como mísera avecilla víctima, en fin, de uno de esos grandes errores que viven en la historia siglos y siglos, porque viven respetados; esa Gloria, que cada cual quisiera encontrar en su camino para llenar vacíos del corazón que pocas veces se colman, es perfectísima imagen de la mujer más pura, más noble, de la mujer digna en su pensamiento, como en su cuerpo, como en sus sentimientos. ¡Y Gloria, sin saberlo, llega á ser hereje y contumaz, y por consiguiente indigna de la absolución del obispo, aquel santo implacable, que tiene caridad ardiente para todas las cosas, menos la más grande, la conciencia! ¡Gloria hereje! Fuerte es la lección, pero profunda y saludable la enseñanza.

Daniel Morton, el judío, está sin duda llamado á desarrollar más su carácter en la parte segunda de la novela, que aún no conocemos, pero ya en la primera se presenta como espíritu digno del amor de Gloria: Morton ya no es, como el ingeniero en *Doña Perfecta*, indiferente en religión, libre-pensador secularizado; es tan sectario como Gloria, y aunque tiene la tolerancia exterior de las formas, es intolerante como un rabí en el fondo de sus creen-

cias. El autor ha escogido la religión judaica para Morton, porque así el conflicto es mayor, la dificultad de la avenencia insoluble dentro de los respectivos credos: además, el tipo posible, verosímil, real, de un libre-pensador intransigente en materia de conciencia, que ni por fórmula se atempera á las exigencias del catolicismo, ofrecía mayores dificultades, porque para muchos tal personaje es un mito, y, sobre todo, los esfuerzos que se le exigen en la sociedad del día son tales, que si ha de vencer en la lucha, donde él combata no puede haber otro héroe superior ni igual: en la novela *Gloria* no cabía el personaje que indicamos, y así el autor ha hecho bien en no oscurecer la figura de su protagonista con otra concepción de más fuerza. El Sr. Pérez Galdós cuenta con facultades bastantes para escribir la novela de ese hombre de cuyos combates en la vida dió un bosquejo el Sr. A... en su *Minuta de un testamento*.

Merecerían artículo aparte la composición de *Gloria*, la traza del plan, la profundidad y hermosura de los pensamientos, el movimiento y vida de las escenas, que, sin perder un punto el interés, se suceden, ya graciosas, ya patéticas, ya tiernas, ya sublimes.

El lenguaje es natural, puro, sin afectación de ningún género, y revela en su autor un espíritu franco, noble, varonil, apasionado, tierno; pero si hace falta, sutil, observador, satírico. Es un vicio, por desgracia muy común en nuestros escritores, el amaneramiento; aun los más expertos y concienzudos se dejan arrastrar por el demonio de la afectación. Pérez Galdós, acaso el único, se ha librado de esta lepra general. Si alguna vez se quiso atribuir esta ventaja á frialdad, palidez, pobreza de estilo, ¿quién ahora se atrevería á sostener otro tanto? Pérez Galdós debe su naturalidad, que ha de contribuir no poco á la vida de sus obras, no á la inopia, á la rectitud y seriedad de su talento y de su corazón. Sin preciarnos de médicos del alma, nos atrevemos á asegurar que este ilustre ingenio se halla

exento de ciertas debilidades y achaques que suelen ahogar en flor muchas esperanzas de las letras. Un escritor que con tan claro talento, con tan sano criterio y con tan altas miras se consagra, denonado y decidido, al servicio de la justicia, de la verdad y de la belleza, es ya *gloria* de las letras y adalid de la civilización.

La verdad y la belleza: este era el lema del insigne autor de *Guillermo Meister*; el autor de *Gloria*, peleando bajo tal bandera, acaba de conquistar sus mejores laureles.





UN LUNÁTICO

Entendámonos: no es cosa mía el llamar lunático al señor F. Flórez, sino pura obra del interesado, que se ha puesto ese mote, sin duda por modestia y porque, no se diga que en este país de cabezas montadas al aire, aspira él á la dignidad de honrosa excepción.

Pero no ha de valerle la modestia; no hay tal lunático: quiero decir, el lunático no lo es, es un hombre de los pocos que logran escapar de ese Scylla de Babia sin caer en el Caribdis de Leganés. En pocas palabras: el lunático tiene todas sus potencias en su sitio.

¿Quieren ustedes que lo pruebe? El Gobierno no se ha acordado de él para darle una cruz simple ni compuesta. Es un hombre.

Pero este hombre tiene un apéndice, y en eso está su debilidad.

Tengo el honor de sentarme en el teatro Español en la misma fila de butacas que el Lunático. Cierta noche en que Parreño hacía las delicias de sus apasionados los alabarderos, llevé conmigo al Español á un amigo drovinciano.

—Mira, aquél es el Lunático, le dije.
El provinciano miraba sin convencerse.

—¿Dudas?

—Sí... porque... ¿y el perro?

—El perro no lo conozco, no lo trae al teatro. Creo que lo trajo en un estreno de Echegaray; pero el perro aulló; Ramón Nocedal se aprovechó de esta sensibilidad canina para desacreditar el neo-romanticismo, y el Lunático ha renunciado á formar el gusto estético de su perdiguero.

Ahora viene al teatro con D. Peregrín.

El Lunático debería hablar menos de su perro... y debería prescindir de D. Peregrín.

¿Por qué no encarga al Sr. Fernández Flórez las revistas teatrales? Las haría mucho mejores. Lo que más falta le hace á D. Peregrín, es lo que más avalora el mérito literario del Lunático, el instinto infalible, y esa prudencia, y hasta diría... *escama* literaria, que tanto sirve á los expertos y que deben procurarse los bisoños. Sólo el genio puede ser exagerado impunemente. El Lunático sabe limitarse en punto á crítica, ya sea de las costumbres, ya de la literatura, y en esa prudencia exquisita consiste el no sé qué del Lunático; no en los chistes ni en el estilo, un tanto rebuscado algunas veces.

Me preguntaba el amigo provinciano:

—¿Se le ha muerto su tío al Sr. Fernández Flórez?

—No sé, respondí; ¿por qué lo preguntas?

—Como ya no le escribe... y hace mal, si vive, porque es bueno siempre estar bien con los parientes.

Tiene razón mi amigo: el tío de Fernández Flórez era lo que se llama un tío en Indias: si el distinguido publicista hubiera continuado su correspondencia con su señor tío, probablemente sacaría en conclusión una buena herencia, en merecida reputación, contante y sonante.

El tema de los *lunes*, por fuerza tiene que llevar al amaneramiento y al *traperismo* literario, si se permite la palabra, que no se debe permitir. Me explicaré: llamo traperis-

mo literario al oficio enojoso y ruin de buscar entre las nonadas que diariamente sirven de comidilla á los desocudados, algo que sirva para *hacer cuartillas*; trapos que se convierten en papel emborronado. Que se escapa un toro, ó un tigre, ó un cajero...; pues ya se sabe, el Lunático tiene que esgrimir el magín para encontrarle el chiste á la escapatoria, que maldito el chiste que tendrá para el que se meció en la cuna del toro, para el que tembló, como cualquiera temblaría, en presencia del tigre, ó para el amo de la caja, que se quedó sin cajero y sin cuartos.

Claro es que el Lunático, la mayor parte de las veces, encuentra el chiste que busca; pero da lástima verle trabajar en tan ardua empresa, cuyo resultado no es digno ni del esfuerzo ni del mérito absoluto del esforzado escritor.

Una inteligencia privilegiada que se sacrifica de tal modo en aras del mal gusto ajeno, es un espectáculo deplorable. En Francia y en otros países, los humoristas de buena ley, de cuya madera está hecho el Lunático, no necesitan revolver zarandajas ni escribir crónicas á vuelapluma para obtener la atención pública y el consiguiente provecho; en obras más ó menos extensas, con asuntos siempre dignos de estudio, en fin, con desarrollo y plan realmente artísticos, trabajan, y medra su fama, y algo, y mucho, gana la literatura. Pero aquí es axiomático; los libros no se venden, las revistas se leen muy poco, los trabajos que no sean de cortísimas dimensiones se pasan por alto, y el escritor necesita, para ser oído, imitar el estilo del telégrafo. De ahí el estilo cortado que también el Lunático se ve muchas veces obligado á emplear. Y lo peor no es eso, sino que las ideas también tienen que responder á la premura del autor; nada profundo, nada delicado, nada que consista en la gracia del pensamiento, cuya expresión no siempre puede acumularse en dos renglones.

Pero el éxito decide siempre; y es natural, se lleva al mercado lo que se vende, y el Lunático ha tenido que dejar las *Cartas á mi tío*, en que había algo de lo que aquí se pide,

y ha seguido con sus revistas de Madrid, que todos leen y saborean, sin notar que esa curiosidad y favor hacen gran daño al gusto en general, y á las dotes del escritor en particular.

Económicamente considerada la cuestión, el Lunático hará bien en *confeccionar* sus chistes al vapor, mientras se los pida el público; pero yo tengo derecho para quejarme de la suerte, que no deja aprovechar en obras mejores, de mejor gusto y más importancia, talentos innegables que posee el director de *Los Lunes*.

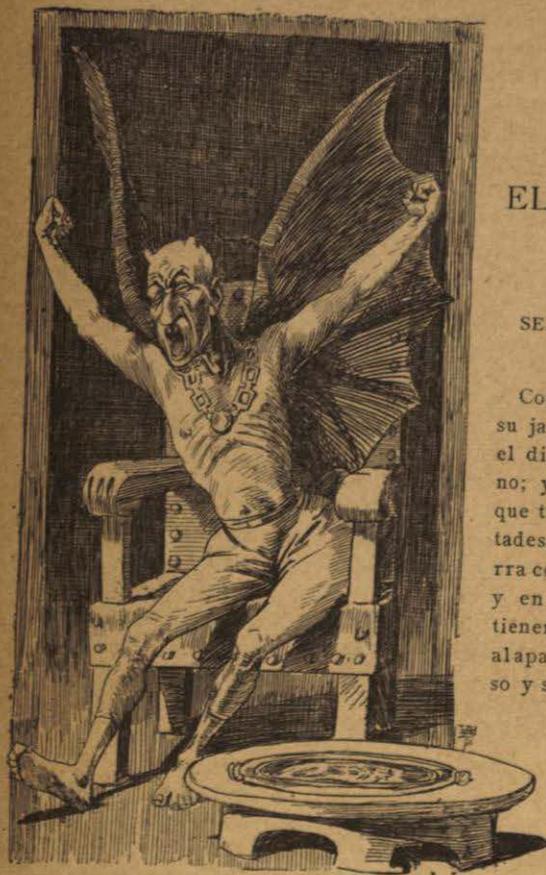
En todo lo dicho, mi ánimo no ha sido ofenderle ni en lo más mínimo de su susceptibilidad; lo del perro, que puede haberle parecido mal, no por él, sino por el perro, lo retiro si quiere, aunque advertiré, de paso, que el acompañarse de tan fiel compañero es una costumbre que no desdora un buen nombre. Carlos V tenía un perro, Alfonso Karr tenía un perro, y el ilustre Juan Pablo, el mejor de los humoristas, también tenía un perro, que jamás se separaba de su lado. Cuando el príncipe Pío convidaba á comer en su castillo de Bayreuth á Juan Pablo, éste ponía por condición que se perrito, y se le convi
los cortesanos se queja
«Bien puede ceder la
los caprichos del ge

Mutatis, mutandis, y
haya que quitar, yo ve
el Lunático llevara su
Todo... menos D. Pe



convidara también á su
daba en toda forma; si
ban, el Príncipe decía:
etiqueta de palacio ante
nio.» Y cedía.

quitando el *ferro* que
ría sin escándalo que
perro á los estrenos.
regrín No olvidar eso.



EL DIABLO

EN

SEMANA SANTA

Como un león en su jaula, bostezaba el diablo en su trono; y he observado que todas las potestades, así en la tierra como en el cielo y en el infierno, tienen gran afición al aparato majestuoso y solemne de sus

prerrogativas, sin duda porque la vanidad es flaqueza natural y sobrenatural que

llena los mundos con sus vientos, y acaso los mueve y rige. Bostezaba el diablo del hambre que tenía de picardías que por aquellos días le faltaban, y eran los de Semana Santa.

Tal como se muere de inanición el cómico en esta época del año, así el diablo expiraba de aburrido; y no bastaban las invenciones de sus palaciegos para divertirle el ánimo, alicaído y triste con la ausencia de bellaquerías, infamias y demás proezas de su gusto.

Según bostezaba y se aburría, ocurriósele de pronto una idea, como suya, diabólica en extremo; y como no peca S. M. *in inferis* de irresoluta, dando un brinco como los que dan los monos, pero mucho más grande, saltó fuera de sus reales, y se quedó en el aire muy cerca de la tierra, donde es huésped agasajado y bien querido por sus frecuentes visitas.



Fué la idea que se le ocurrió al demonio, que por entonces comenzaba la tierra madre á hincharse con la comezón de dar frutos, yéndosele los antojos en flores, que lo llenaban todo de aromas y de alegres pinturas, ora echadas al aire, y eran las alas de las mariposas, ora sujetas al misterioso capullo, y eran los pétalos.

Bien entiende el diablo lo que es la primavera, que antes de ser diablo fué ángel y se llamó luz bella, que es la

luz de la aurora, ó la luz triste de la tarde, que es la luz de la melancolía y de las aspiraciones sin nombre que buscan lo infinito. Lo que sabe el diablo de argucias, díganlo San Antonio y otros varones benditos, que lucharon con fatiga y sudor entre las tentaciones del enemigo malo y las inefables y austeras delicias de la gracia. Claro es que

al atractivo celestial, nada hay comparable, ni de lejos, y que soñar con tales comparaciones es pecar mortalmente; pero también es cierto que, aparte de Dios, nada hay tan poderoso y amable, á su manera, como el diablo; siendo todo lo que queda por el medio, insulso, tibio y de menos precio, sea bueno ó malo. Para todo corazón grande, el bien, como no sea el supremo, que es Dios mismo, vale menos que el mal cuando es el supremo, que es el demonio (1).

Al ver que brotaba la primavera en los botones de las plantas y en la sangre bulliciosa de los animales jóvenes, se dijo «ésta es la mía,» el diablo, gran conocedor de las inclinaciones naturales. Aunque le teme y huye, no quiere el diablo mal á Dios, y mucho menos desconoce su fuerza omnipotente, su sabiduría y amor infinito, que á él nó le alcanza, por misterioso motivo, cuyo secreto el mismísimo demonio respeta, más reverente que algunos apologistas cristianos. Y así, mirando al cielo, que estaba todo azul al Oriente, y al Poniente se engalanaba con ligeras nubecillas de amaranto, decía el diablo con acento plañidero, pero no rencoroso, digan lo que quieran las beatas, que hasta del diablo murmuran y le calumnian; digo que decía el diablo: «Señor, de tu propia obra me valgo y aprovecho: tú fuiste, y sólo tú, quien produjo esta maravilla de las primaveras en los mundos, en una divina inspiración de amor dulcísimo y expansivo, que jamás comprenderán los hombres que son religiosos por manera ascética: ¿y qué es la primavera, Señor? Un beso caliente y muy largo que se dan el sol y la tierra, de frente, cara á cara, sin miedo. ¡Pobres mortales! los malos, los que saben algo de la verdad del buen vivir, están en mi poder, y los buenos, los que vuelven á Ti los ojos, Dios Eterno, quiérente de soslayo, no con el alma entera; no entienden lo que es besar de frente

(1) No estoy conforme.

(N. de la 4.ª edición.)

y cara á cara, como besa el sol á la tierra, y tiemblan, vacilan, y gozan de tibias delicias, más ideadas que sentidas; y acaso es mayor el placer que les causa la tentación con que yo les mojo los labios, que el alabado gozo del deliquio místico, mitad enfermedad, mitad buen deseo...

Comprendió el diablo que se iba embrollando en su discurso, y calló de repente, prefiriendo las obras á las palabras, como suelen hacer los malvados, que son más activos y menos habladores que la gente bonachona y aficionada al verbo.

Sonrió S. M. infernal con una sonrisa que hubiera hecho temblar de pavor á cualquier hombre que le hubiese visto: y varios ángeles, que de vuelta del mundo pasaban volando cerca de aquellas nubes pardas donde Satanás estaba escondido, cambiaron por instinto la dirección del vuelo, como bandada de palomas que vuelan atolondradas con distinto rumbo al oír el estrépito que hace un disparo cuando retumba por los aires. Mira el diablo á los ángeles con desprecio, y volviendo en seguida los ojos á la tierra, que á sus pies se iba deslizando como el agua de un arroyo, dejó que pasara el Mediterráneo, que era el que á la sazón corría hacia Oriente por debajo, y cuando tuvo debajo de sí á España, dejóse caer sobre la llanura; y como si fuera por resorte, redujose, con el choque de la caída, la estatura del diablo, que era de leguas, á un escaso kilómetro.



El sol se escondía en los lejanos términos, y sus encendidos colores reflejábanse en el diablo de medio cuerpo arriba, dándole ese tinte mefistofélico con que solemos verle en las óperas, merced á la lámpara Drumont ó á las luces de bengala. Puso el Señor de los Abismos la mano derecha sobre



los ojos y miró en torno, y no vió nada á la investigación primera; más luego distinguió de la otra parte del sol como la punta de una lanza enrojecida al fuego. Era la veleta de una torre muy lejana. En unos doce pasos que anduvo, vióse el diablo muy cerca de aquella torre, que era la de la catedral de una ciudad muy antigua, triste y vieja, pero no exenta de aires señoriales y de elegancia majestuosa. Tendióse cuan largo era por la ribera de un río que al pie de la ciudad corría (como contando con las quejas de

su murmullo la historia de su tierra), y estirando un tanto el cuello, con postura violenta, pudo Satanás mirar por las ventanas de la catedral lo que pasaba dentro. Es de advertir que los habitantes de aquella ciudad no veían al diablo tal como era, sino parte en forma de niebla que se arrastraba al lado del río perezosa, y parte como nubarrón negro y bajo que amenaza tormenta y que iba en dirección de la catedral desde las afueras. Verdad es que el nubarrón tenía la figura de un avechucho raro, así como cigüeña con gorro de dormir; pero esto no lo veían todos, y los niños, que eran los que mejor determinaban el parecido de la nube, no merecían el crédito de nadie. Un acólito de muy tiernos años, que había subido en compañía del campanero á tocar las oraciones, le decía:—Sr. Paco, mire usted este nubarrajo que está tan cerca: parece un aguilucho que vuelve á la torre, pero trae una alcuza en el pico; vendrá por aceite para las brujas. Pero el compañero, sin contestar palabra ni mirar al cielo, daba la primer campanada, que despertaba á muchos vencejos y lechuzas dormidos en la torre. Sonaba la segunda campanada solemne y melancólica, y los pajarracos revolaban cerca de las veletas de la catedral; el chico, el acólito, continuaba mirando al nubarrón, que era el diablo; y á la campanada tercera seguía un repique lento, acompasado y grave, mientras que los otros campanarios de la ciudad vetusta comenzaban á despertarse y á su vez bostezaban con las tres campanadas primeras de las oraciones.



Cerró la noche; el nubarrón se puso negro del todo, y nadie vió las ascuas con que el diablo miraba al interior de la catedral por unos vidrios rotos de una ventana que caía sobre el altar mayor, muy alumbrado con lámparas que colgaban de la alta bóveda y con velas de cera que chisporroteaban allá abajo.

El aliento del diablo, entrando por la ventana de los vidrios rotos, bajaba hasta el altar mayor en remolinos, y movía el pesado lienzo negro que tapaba por aquellos días el retablo de nogal labrado. A los lados del altar, dos canónigos, apoyados en sendos reclinatorios, sumidos los pliegues del manto en ampuloso almohadón carmesí, meditaban á ratos, y á ratos leían la pasión de Cristo. En el recinto



del altar mayor, hasta la altísima verja de metal dorado con que se cerraba, nadie más había que los dos canónigos: detrás de la verja, el pueblo devoto, sumido en la sombra, oía con religiosa atención las voces que cantaban las *Lamentaciones*, los inmortales *trenos* de Jeremías. Cuan-

do el monótono cántico de los clérigos cesaba, tras breve pausa, los violines volvían á quejarse, acompañando á las *niñas de coro*, tiples y contraltos, que parecían llegar á las nubes con los ayes del *Miserere*. Diríase que cantaban en el aire, que se cernían las notas aladas en la bóveda, y que de pronto, volando, volando, subían hasta desvanecerse en el espacio. Después las voces del violín y las voces del colegial tiple emprendían juntas el vuelo, jugaban, como las mariposas, alrededor de las flores ó de la luz, y ora bajaban las unas en pos de las otras hasta tocarse cerca del suelo, ora,

persiguiéndose también, salían en rápida fuga por los altos florones de las ventanas, á través de las cortinas cenicientas y de los vidrios de colores. Nuevo silencio: cerca del altar mayor se extinguía una luz, de varias colocadas en alto, sobre un triángulo de madera sostenido por un mástil de nogal pintado. Entonces, como risas contenidas, pero risas lanzadas por bocas de madera, se oían algunos chasquidos; á veces los chasquidos formaban serie, las risas eran carcajadas; eran las carcajadas de las carracas que los niños ocultaban, como si fueran armas prohibidas preparadas para el crimen. El incipiente motín de las carracas se desvanecía al resonar otra vez por la anchurosa nave el cántico pesado, estrepitoso y lúgubre de los clérigos del coro.

El diablo seguía allá arriba alentando con mucha fuerza, y llenaba el templo de un calor pegajoso y sofocante: cuando oyó el prelude inseguro y contenido de las carracas, no pudo contener la risa, y movió las fauces y la lengua de modo que los fieles se dijeron unos á otros:—¿Será el carracón de la torre? ¿Pero por qué le tocan ahora? Un canónigo, mientras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo de hierbas, decía para sí:—¡Este Perico es el diablo, el mismo diablo! ¡Pues no se ha puesto á tocar el carracón del campanario! Y todo era que el diablo, no Perico, sino el diablo de veras, se había reído. El canónigo, que sudaba, miró hacia el retablo y vió el lienzo negro que se movía; volvió los ojos á su compañero, sumido en la meditación, y le dijo en voz muy baja y sin moverse:—¿Qué será? ¿No ve usted cómo se menea eso?

El otro canónigo era muy pálido. No sudaba ni con el calor que hacía allí dentro. Era joven; tenía las facciones hermosas y de un atrevido relieve; la nariz era acaso demasiado larga, demasiado inclinada sobre los labios y demasiado carnosa; aunque aguda, tenía las ventanas muy anchas, y por ellas alentaba el canónigo fuertemente, como el diablo de allá arriba.—No es nada, contestó sin apartar los ojos del libro que tenía delante; es el viento que pe-

netra por los cristales rotos.» En aquel momento todos los fieles pensaban en lo mismo y miraban al mismo sitio; mi-



rababan al altar y al lienzo que se movía, y pensaban: «¿qué será esto?» Las luces del triángulo puesto en alto se movían también, inclinándose de un lado á otro alrededor del pábilo, y brillaban cada vez más rojas, pero como envueltas en una atmósfera que hiciera difícil la combustión. El canónigo viejo se fué quedando aletargado ó dormido; la misma torpeza de los sentidos pareció

invadir á los fieles, que oían como en sueños á los que en el coro cantaban con perezoso compás y enroquecidas voces. El diablo seguía alentando por la ventana de los vidrios rotos. El canónigo joven estaba muy despierto y sentía una comezón, que no pudo dominar al cabo; pasó una mano por los ojos, anduvo en los registros del libro, compuso los pliegues del manteo, hizo mil movimientos para entretener el ansia de no sabía qué, que le iba entrando por el corazón y los sentidos; respiró con fuerza inusitada, levantando mucho la cabeza... y en aquel momento volvió á cantar el colegial que subía á las nubes con su voz de tiple. Era aquella voz, para los oídos del canónigo inquieto, de una extraña naturaleza, que él se figuraba así, en aquel mismo instante en que estaba luchando con sus angustias: era aquella voz de una pasta muy suave, tenue y blanquecina; vagaba en el aire, y al chocar con sus ondas, que la labraban como si fueran finísimos cinceles, iba adquiriendo graciosas curvas, que parecían, más que líneas, sutiles y vagarosas ideas, que suspiraban entusiasmo y

amor: al cabo, la fina labor de las ondas del aire sobre la masa de aquella voz, que era, aunque muy delicada, materia, daba por maravilloso producto los contornos de una mujer, que no acababan de modelarse con precisa forma; pero que, semejando todo lo curvilíneo de Venus, no paraban en ser nada, sino que lo iban siendo todo por momentos. Y según eran las notas, agudas ó graves, así el canónigo veía aquellas líneas que son símbolo en la mujer de la idealidad más alta, ó aquellas otras que toman sus encantos del ser ellas incentivo de más corpóreos apetitos.



Toda nota grave era, en fin, algo turgente, y entonces el canónigo cerraba los ojos, hundía en el pecho la cabeza y sentía pasar fuego por las hinchadas venas del robusto cuello; cuando sonaban las notas agudas, el joven

magistral (que ésta era su dignidad) erguía su cabeza apolina, abría los ojos, miraba á lo alto y respiraba aquel aire de fuego con que se estaba envenenando, gozoso, anhelante, mientras rodaban lágrimas lentas de sus azules ojos, llenos de luz y de vida.

Aunque la voz del colegial cantaba en latín los dolores



del Profeta, el magistral creía oír palabras de tentación que en claro español le decían:

«Mientras lloras y gimes por los dolores de edades enteradas después de muchos siglos, las golondrinas preparan sus nidos para albergar el fruto del amor.

«Mientras cantas en el coro tristezas que no sientes, corre loca la savia por las entrañas de las plantas, y se amontona en los pétalos colorados de la flor, como la sangre se transparenta en las mejillas de la virgen hermosa.

«El olor del incienso te enerva el espíritu; en el campo huele á tomillo, y la espinera y el laurel real embalsaman el ambiente libre.

«Tus ayes y los míos son la voz del deseo encadenado; rompamos estos lazos, y volemos juntos; la primavera nos convida; cada hoja que nace es una lengua que dice: «ven: el misterio dionisiaco te espera.»

«Soy la voz del amor, soy la ilusión que acaricias en sueños; tú me arrojas de ti, pero yo vuelo en la callada noche, y muchas veces, al huir en la obscuridad, enredo entre tus manos mis cabellos: yo te besé los ojos, que estaban llenos de lágrimas que durmiendo vertías.

«Yo soy la bien amada, que te llama por última vez: ahora ó nunca. Mira hacia atrás: ¿no oyes que me acerco? ¿Quieres ver mis ojos y morir de amor? ¡Mira hacia atrás, mírame, mírame!...»

Por supuesto, que todo esto era el diablo quien lo decía, y no el niño del coro, como el magistral pensaba. La voz, al cantar lo de «mírame, mírame» se había acercado tanto, que el canónigo creyó sentir en la nuca el aliento de una mujer (según él se figuraba que eran esta clase de alientos).

No pudo menos de volver los ojos, y vió con espanto detrás de la verja, tocando casi con la frente en las rejas doradas, un rostro de mujer, del cual partía una mirada dividida en dos rayos que venían derechos á herirle en sitios

del corazón deshabitados. Púsose en pie el magistral sin poder contenerse, y por instinto anduvo en dirección de la verja cerrada. A nadie extrañó el caso, porque en aquel momento otro canónigo vino de relevo y se arrodilló ante el reclinatorio.

Aquella imagen que asomaba entre las rejas era de la jueza (que así llamaban á doña Fe, por ser esposa del magistrado de mayor categoría del pueblo).

Bien la conocía el magistral, y aun sabía no pocos de sus pecados, pues ella se los había referido; pero jamás hasta entonces había notado la acabadísima hermosura de aquel rostro moreno. Claro es que al magistral, sin las artes del diablo, jamás se le hubiera ocurrido mirar á aquella devota dama, famosa por sus virtudes y acendrada piedad.

Cuando el canónigo, sin saber lo que hacía, se iba acercando á ella, un caballero de elegante porte, vestido con esmerada riqueza y gusto, y ni más ni menos hermoso que el magistral mismo, pues se le parecía como una gota á otra gota, se acercó á la jueza, se arrodilló á su lado, y acercando la cabeza al oído de un niño que la señora tenía también arrodillado en su falda, le dijo algo que oyó el niño solo, y que le



hizo sonreír con suma picardía. Miró la madre al caballero, y no pudo menos de sonreír á su vez cuando le vió posar los labios sobre la melena abundosa y crespa de su hijo, diciendo: «¡hermoso arcángel!»—El niño, con cautela y á espaldas de la madre, sacó de entre los pliegues de su vestido una carraca de tamaño descomunal, en cuanto carraca, y sin más miramientos, en cuanto vió que otra luz de las del triángulo se apagaba, trazó en el viento un círculo con la estrepitosa máquina y dió horrísono comienzo á la revolución de las carracas. No había llegado, ni con mucho, el momento señalado por el rito para el barullo infantil, pero ya era imposible contener el torrente; estalló la furia acorralada, y de todos los ángulos del templo, como gritos de las euménides, salieron de las fauces de madera los discordantes ruidos, sofocados antes, rompiendo al fin la cárcel estrecha y llenando los aires, en desesperada lucha unos con otros, y todos contra los tímpanos de los escandalizados fieles.

Y era lo que más sonaba y más horrísono estrépito movía la carcajada del diablo, que tenía en sus brazos al hijo de la jueza y le decía entre la risa:—¡Bien, bravo, ja, ja, ja, toca; eso, ra, ra, ra, ra!..



El niño, orgulloso de la revolución que había iniciado, manejaba la carraca como una honda, y gritaba frenético: «¡Mamá, mamá, he sido yo el primero! ¡Qué gusto, qué gusto! ¡Ra, ra, ra!» La jueza bien quisiera ponerse seria, á fuer de severa madre; pero no podía, y callaba y miraba al hermoso arcángel y al caballero que le sostenía en sus brazos; y oía el estrépito de las carracas como el ruido de la lluvia de primavera, que refresca el ambiente y el alma. Porque precisamente en aquel día había esta señora sentido grandes antojos de algo ex-

traordinario, sin saber qué; algo, en fin, que no fuera el juez del distrito; algo que estuviera fuera del orden; algo que hiciese mucho ruido, como los besos que ella daba al arcángel de la melena; más todavía, como los latidos de su corazón, que se le saltaba del pecho pidiendo alegría, locuras, libertad, aire, amores... carracas. El magistral, que había acudido con sus compañeros de capítulo á poner dique á la inundación del estrépito, pero en vano, fingía, también en balde, tomar á mal la diablura irreverente de los muchachos, porque su conciencia le decía que aquella revolución le había ensanchado el ánimo, le había abierto no sabía que válvulas que debía de tener en el pecho, que al fin respiraba libre, gozoso. Ni el magistral volvió á pensar en la jueza, ni la jueza miró sino con agradecimiento de madre al caballero que se parecía al magistral, á quien había mirado la espalda aquella noche antes de que entrase el caballero.

Los demás devotos, que al principio se habían indignado, dejaron al cabo que los *diablejos* se despacharan á su gusto: en todas las caras había frescura, alegría; parecían á todos que despertaban de un letargo; que un peso se les había quitado de encima, que la atmósfera estaba antes llena de plomo, azufre y fuego, y que ahora con el ruido, se llenaba el aire de brisas, de fresco aliento que rejuvenecía y alegraba las almas.—Y ¡ra, ra, ra, ra! los chicos tocaban como desesperados. Perico hacía sonar el carracón de la torre, y el diablo reía, reía como cien mil carracas.

Lo cierto es que el demonio tenía un plan como suyo; que la jueza y el magistral estuvieron á punto de perderse, allá en lo recóndito de la intención por



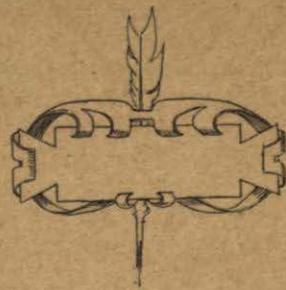
lo menos; pero, como al diablo lo que más le agrada son las diabluras, en cuanto le infundió al chico de la jueza la tentación de tocar la carraca á deshora, todo lo demás se le olvidó por completo, y dejando en paz, por aquella noche, las almas de los justos, gozó como un niño con la tentación de los inocentes.

Cuando Satanás, á la hora del alba, envuelto por oscuras nubes, volvía á sus reales, encontró en el camino del aire á los ángeles de la víspera. Oyeron que iba hablando solo, frotándose las manos y riendo á carcajadas todavía.

—¡Es un pobre diablo!—dijo uno de los ángeles.

—¡Y ríe! exclamó otro. — Y ríe en la condenación eterna...

Y callaron todos, y siguieron cabizbajos su camino.



DESPEDIDA DEL AUTOR Y DEL DIBUJANTE

SEÑOR PONS:

Ante todo, gracias mil por la nueva vida que su correcto y chispeante lápiz ha dado á las páginas de este libro viejo. Pero permítame dos protestas. Yo, aunque feo, no lo soy tanto como usted da á entender en la pág. 144. Segunda protesta: no estoy conforme con la distribución de los laureles que acompañan á ciertos retratos. No obstante, repito lo de Horacio, y le absuelvo:

*Pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.*